

A. ALLÒ QUE EN JOAN VA DIR: ALTERNATIVES AL MODEL ECONÒMIC I SOCIAL DOMINANT

El conjunto del análisis que he tratado de exponer hasta aquí nos permite llegar ya a unas conclusiones que para algunos puede que todavía continúen siendo unas simples hipótesis de trabajo. En realidad, disponemos de la suficiente evidencia para afirmar que no se trata de simples hipótesis de trabajo, sino de realidades ya presentes y que se encuentran en un proceso de agudización y de consolidación. Todas ellas, junto con otras que por brevedad no desarrollo, constituyen algunos de los indicadores más significativos del posible “escenario socioeconómico y cultural” que se perfila para los próximos veinte años. Ir más allá de esos próximos veinte años sería exponerse a un riesgo peligroso de simple especulación o de ciencia ficción. Para no hacerme excesivamente prolijo me limitaré a sintetizarlas en forma de breves enunciados.

- Perspectiva de trabajo escaso, tal como el trabajo ha sido normalmente entendido hasta ahora: vinculado directa o indirectamente al proceso productivo industrial. Como he dicho anteriormente, haciéndome eco de los estudios de prospectiva elaborados por la CEE, OIT y otros organismos solventes, la introducción masiva de las Nuevas Tecnologías está teniendo, y tendrá todavía más, un impacto muy serio en la reducción de los empleos relacionados con los procesos productivos clásicos.
- Aparición de nuevos empleos, ocupaciones y profesiones vinculadas a las Nuevas Tecnolo-

gías y, sobre todo, al ámbito de los servicios de utilidad social y de las “industrias del tiempo libre”. En cualquier caso, las nuevas ocupaciones exigirán, están exigiendo ya, un nivel elevado de profesionalización, tanto en la dimensión técnica como cultural. No es evidente que la aparición de las nuevas ocupaciones sirva para compensar la pérdida de los puestos de trabajo clásicos y tradicionales.

- Aumento de colectivos sociales condenados a una marginación y exclusión social sin retorno (jóvenes sin trabajo, adultos expulsados del mercado de trabajo, jubilados con pensiones exiguas o nulas...) frente a otros bien instalados y ocupados profesional y técnicamente en empleos de alta cualificación y elevada remuneración. Otros colectivos se verán empujados a aceptar empleos marginales, precarios, con escasa o nula cualificación, sin posibilidad de promoción profesional: sociedad “dual”.
- Presencia de valores ético-sociales, (el “mundo de los intereses”), que pretenden legitimar y fortalecer esta “dualización” de la sociedad. Su base ideológica se encuentra en el culto al “pragmatismo posibilista a plazo inmediato, propio de una ‘modernidad’ mal entendida, o en el fatalismo propio de cierta ‘postmodernidad’ que sólo cree en soluciones individuales o en el ‘sálvese quien pueda’”.

- Una oferta educativa pragmática, elitista, anclada en la vieja cultura del trabajo, en la competitividad absoluta, en la insolidaridad y en el triunfo individual, de la que sólo se benefician los “dos tercios”. En esta oferta educativa están ausentes los valores de la solidaridad, de la cooperación, de la autonomía personal, del servicio social, de la creatividad.
- Utilización de las Nuevas Tecnologías “bajo la ley del más fuerte, sin contemplaciones”, y de acuerdo con los intereses de las corporaciones transnacionales y de la “defensa militar”. Por supuesto, sin tener en cuenta la limitación de los recursos del planeta, con la consiguiente degradación ecológica y de la calidad de vida.
- Una brecha cada vez más ancha y honda entre el Norte y el Sur, con todo lo que ello significa en estos momentos de hambre y destitución total para centenares de millones de personas, junto a una inmensa riqueza acumulada en las regiones privilegiadas del planeta.
- En contraposición a todo lo anterior aparecen nuevas sensibilidades y exigencias socioculturales, por una mayor calidad de vida, por la defensa del equilibrio ecológico, por la paz, contra la discriminación sexista..., que no encuentran cauces adecuados dentro de la “cultura del sistema”, todo lo contrario: más bien suelen ser marginadas, silenciadas, manipuladas, cuando no perseguidas. Todo ello unido a formas alternativas en el ámbito ocupacional y de la producción (autoocupación, autoproducción), y en la creación de grupos y de comunidades más autosuficientes.

[...]

Pistas alternativas para el presente y para el futuro

No todo el mundo, evidentemente, está dispuesto a aceptar, sin más, el “escenario” que acabo de describir. No todo el mundo está dominado por el signo del pragmatismo posibilista de la “moder-

nidad” mal entendida, ni por el fatalismo de que nada se puede hacer, y de que todo hay que dejarlo a lo que digan y determinen las leyes del MERCADO TOTAL.

Me toca ahora, ya para acabar, hacer algunas indicaciones, en ningún caso proponer “recetas”, pensando en las urgencias del presente y en ese futuro que nos espera. Una cosa debe quedar clara. Dar respuestas a las urgencias del presente, diseñar, planificar el futuro: todo está íntimamente ligado. Cualquier propuesta de “choque” para el presente que no se haga desde una perspectiva de futuro no será más que un parche. Y toda propuesta de futuro que no se haga teniendo en cuenta las carencias del presente no serán más que ciencia ficción.

En cualquier caso, debe tenerse presente que ninguna de las indicaciones que presento a continuación tomadas separadamente tienen sentido. Son propuestas complementarias unas de otras.

1. La respuesta a las urgencias inmediatas

Es decir, de nada nos va a servir presentar opciones alternativas, si al mismo tiempo no luchamos por objetivos que necesitan respuestas urgentes a cortísimo plazo. Por volver al mismo ejemplo de actualidad: de nada va a servir un plan de empleo juvenil, concebido como medida choque, si no va acompañado de las cautelas necesarias para que de él puedan beneficiarse a más largo plazo los colectivos de jóvenes más desfavorecidos. Lo he dicho antes: si la posible experiencia laboral (en el supuesto de que no sea un simple empleo marginal) no va acompañada de una oferta de formación ocupacional diseñada para las características de esos colectivos desfavorecidos, de nada va a servir. De tal plan sólo se beneficiarán los “recuperables”.

2. Un trabajo diferente y la apuesta por el verdadero pleno empleo

Este es el primer ámbito donde un proyecto alternativo se hace más necesario frente a la impoten-

Actualmente, existen en Europa 2,8 millones de entidades ligadas a la “economía social”, que emplean a 13,6 millones de trabajadores. Abarcan desde cooperativas hasta empresas sociales, y operan en casi todos los sectores económicos. La “economía social” es clave para alcanzar los principios consagrados en el pilar europeo de derechos sociales, como la igualdad de oportunidades, el empleo digno y la inclusión de todas las personas. Pero, al mismo tiempo, se enfrenta a varios desafíos, como el acceso a la financiación, los obstáculos jurídicos y la falta de visibilidad.

Por eso, la Comisión Europea ha adoptado un plan de acción centrado en tres prioridades:

- Mejorar las políticas y los marcos jurídicos de los Estados miembros.
- Crear oportunidades para que las empresas de la “economía social” se pongan en marcha y crezcan.
- Aumentar el reconocimiento del valor y el potencial de la “economía social”.
- Todas estas medidas podrían ayudar a la UE a alcanzar su objetivo de impulsar el empleo y sacar a 15 millones de personas de la pobreza, o la exclusión social, de aquí a 2030.³⁸

³⁸ <https://es.euronews.com/next/2023/06/21/la-apuesta-de-la-union-europea-por-la-economia-social-en-favor-de-los-ciudadanos>

común, siendo lo común la evolución más clara de lo público como lo hemos conocido hasta ahora a escenarios de máxima radicalidad democrática. Que nadie se preocupe, los políticos, los funcionarios, los cooperativistas, los sindicalistas, todas las personas nos equivocamos, la idea es reforzar la democracia, el compromiso, la corresponsabilidad, para no dejar trozos excesivamente grandes de pastel en manos de excesivamente pocas y poco diversas personas.

Unos últimos apuntes finales

Y pese a todo, cabalgamos...

A Joan N. García-Nieto, en su mirada hacia el papel de la economía, le preocupaban cosas como la perspectiva de trabajo escaso, la desaparición de empleos y la creación de nuevos empleos vinculados a las nuevas tecnologías, el aumento de colectivos sociales condenados a los “márgenes”, los valores ético-sociales en “el mundo de los intereses” que solo cree en soluciones absolutas y en el “sálvese quien pueda”, la competitividad, insolidaridad, una brecha cada vez más grande entre el Norte y el Sur o el primer y cuarto mundo... Y en contraposición, esperaba que pudieran aparecer nuevas sensibilidades y exigencias socioculturales, por una mayor calidad de vida, por la defensa del equilibrio ecológico (y lógico añadido yo), por la paz, contra cualquier tipo de discriminación, y todo esto lo unía a nuevas formas alternativas en el ámbito ocupacional y de producción (autoocupación, autoproducción) y en la creación de grupos y comunidades más autosuficientes (y resilientes, que diríamos ahora).

Pues aquí estamos, querido Joan, en casi todo esto y en algunas cosas más. No he podido contrastar este texto con nuestro querido Benigno, que podría haberme dicho si en algo me he pasado de aceleración o de frenada, pero en ese don de la intuición, a veces profético que hace que muchos de tus pensamientos sigan hoy más vigentes que nunca, me atrevo a decir, que creo que sí, que sí que tenías en mente muchas de las cosas que están pasando hoy en Cornellà, en el Baix Llobregat y en todo el mundo, clamando desde la práctica y el ejemplo por otra economía que ya dejó de ser imposible hace unos años, porque existe y abarca casi cualquier tipo de producción o servicio que podamos imaginar.

La dualización de nuestra sociedad actual se fundamenta de forma clara en la práctica económica de un cáncer llamado capitalismo, pero de una metástasis de que directa o indirectamente nos vemos todos afectados.

Hay que repensar una relación con un mundo que reclama cambios inminentes y hay que estar abiertos a nuevos sistemas de organización social en los que la redistribución no tenga por qué pasar al 100 % por el trabajo. Decías en tus escritos que el sociólogo Daniel Bell (nada sospechoso de utopismos fáciles) llegó a afirmar que con las nuevas tecnologías ningún país debería tener bolsas de pobreza. Unos años antes, el economista John Maynard Keynes apuntó algo bastante parecido en el sentido de que las nuevas tecnologías debían propiciar una aportación al trabajo, tal y como se conocía en su época, de poco más de 2 horas diarias, tiempo de trabajo suficiente para contribuir a las necesidades de la comunidad a través de la fuerza individual del trabajo. Los dos situaban que el resto del trabajo y la riqueza que generarían las nuevas tecnologías deberían servir para vivir mejor, para formarse, para esa idea del buen vivir que trasladaba al inicio de este texto, ¿por qué seguimos viviendo así?

cia del “sistema para crear y garantizar empleo universal”. Se dice, (he insistido en ello hace unos instantes) que hoy no hay trabajo para todos a tiempo completo. Llámese crisis de la “civilización industrial”, fin de la era del “pleno empleo”, comienzo de otra. El caso es que todas las promesas de crear empleo chocan con el hecho de menos trabajo.

Y sin embargo, en realidad hay trabajo en cantidad. Sabemos, y así nos lo dicen los expertos, que si en estos momentos se quisiera atender eficazmente a las carencias reales en el terreno de la cultura, de la sanidad preventiva, de la calidad de la enseñanza, de la cooperación con zonas de la tierra menos desarrolladas, de atención a antiguos y nuevos colectivos no suficientemente atendidos (minusválidos, población anciana...), servicios sociales en régimen de comunidades autosuficientes y autogestionadas... serían necesarios tantos puestos de trabajo como los que se han perdido por las reconversiones o por la introducción incontrolada de las nuevas tecnologías.

Daniel Bell, nada sospechoso de utopismos fáciles, llega a afirmar que con las nuevas tecnologías ningún país debería tener bolsas de pobreza. Dice textualmente: «Una mayor productividad genera más riqueza, que es lo que se necesita, precisamente para pagar nuevos trabajos en nuevas áreas que satisfagan “otras necesidades” del ciudadano». Hoy en día, ninguna sociedad, ningún país, aunque parezca lo contrario (aunque parezca utópico decir esto) está condenado a tener bolsas de paro, y mucho menos con las nuevas tecnologías, que lo que hacen es solucionar problemas antes insolubles. Todos los países, incluso los más avanzados, “están hoy todavía muy lejos de tener cubiertas todas sus ‘necesidades’: los museos podrían abrirse de noche, por ejemplo, o por citar otro campo, las sociedades avanzadas tienen cada vez más personas ancianas, por lo que los servicios de salud que las atienden van a tener que seguir creciendo, pero esto exige más productividad, más riqueza...”, más medios de financiación.

Tengamos presente que las necesidades culturales, lo mismo que las ocupaciones, llamadas de

“utilidad social”, deben estimularse, planificarse, a través de unos valores que hoy todavía no existen, salvo en personas o en grupos muy reducidos. Comunidades, familias, vecindad deberán ser nuevos núcleos de trabajo y de producción. “El trabajo, el ocio creativo deberán combinarse de forma libremente escogida”.

Pero “no hay dinero”, se dice repetidamente, para atender a esas necesidades y para promover otras ocupaciones “socialmente útiles”.

3. Trabajar menos tiempo para que puedan trabajar más personas

Antigua aspiración del movimiento obrero que ahora cobra toda su relevancia. No se trata, desde luego, de la panacea universal. Pero es una medida complementaria y, en según qué casos puede ser una solución. El objetivo, clásico ya por parte sindical, de las “35 horas” puede ser bueno en sí mismo, pero en ningún caso servirá para paliar el desempleo. La hipotética reducción de cinco horas quedaría absorbida automáticamente por el alza de productividad propia de la innovación tecnológica. Para que la reducción del tiempo de trabajo repercuta en el reparto de trabajo, debe ser drástica. Los expertos hablan de 20 horas semanales para comienzos del siglo xxi.

Desde luego que no se trata de una medida fácil, ya que su implantación necesita de un consenso que va más allá de las fronteras de un sólo país. Pero, aun así, nos debemos preguntar: ¿cuántos están dispuestos a compartir su trabajo, incluso su sueldo (en el caso de tener pluriempleo)? ¿Cuántos están preparados para ocupar el tiempo “liberado” en otro tipo de ocupaciones de utilidad social, libremente escogidas y de forma voluntaria, creativas o simplemente culturales, compensadas o no económicamente de alguna forma, para cubrir la posible reducción salarial que acompañaría a la reducción de trabajo?

Este es un reto cultural evidente. Pero, no lo olvidemos, técnicamente es posible, en la medida que emerjan nuevos valores y que el aumento de la productividad sea correctamente utilizado.

4. La asignación básica universal: una renta desvinculada de la cantidad de trabajo

La reducción de jornada, la financiación de las “otras ocupaciones de utilidad social” solamente serán viables a condición de que se reconozca el derecho de todo ciudadano a disponer de una “renta básica” (que no debe confundirse con el derecho a una “renta mínima garantizada” o con la “renta mínima de inserción” de estilo francés, en tanto que éstas son medidas de tipo simplemente “asistencial”). Esta renta básica (o “asignación social básica” o “salario ciudadano”) servirá para financiar las ocupaciones de utilidad social, libremente escogidas, que en el contexto de una economía clásica de mercado no son rentables.

Otro reto para una política de futuro que choca, evidentemente, con todo lo conocido hasta ahora, ya que la renta o el salario personal no dependerá de forma exclusiva, como hasta ahora, de las horas trabajadas. En una parte muy importante, la renta personal de cada ciudadano provendría de la riqueza social producida. A corto plazo, desde luego, esta medida es imposible. Ni los criterios fiscales, ni los criterios culturales la aceptan, ni los ciudadanos están preparados para asumir las nuevas responsabilidades sociales que, en todo caso, acompañarán a la asignación básica. Los expertos nos dicen, sin embargo, que tal política es técnicamente posible. Y cada vez lo será más, en la medida en que la innovación tecnológica sea una realidad masiva, que repercutirá en la productividad y, por tanto, en el aumento espectacular del excedente empresarial. No olvidemos que estamos todavía en la prehistoria de la “era tecnológica”. En todo caso, como nos recuerda, en más de una ocasión, Adam Schaff, «si no se acepta este objetivo (a alcanzar a comienzos del próximo siglo) condenamos ya, desde ahora, a millones de personas a la “inanición”». Y es ahora, con una nueva voluntad política y cultural, como debería empezar a planificarse una política fiscal diferente, una oferta educativa alternativa, coherente con los nuevos valores, y una progresiva remodelación del Estado de Bienestar.

5. Un nuevo tejido social, más participativo, más descentralizado

Todo proyecto alternativo de futuro y de valores solidarios supone un no rotundo al tipo de tejido social “polarizado”, “dualizado”, “incomunicado” que hemos tenido ocasión de contemplar y analizar hace unos momentos. Conviene decirlo con claridad, la opción por un tejido social plenamente solidario supone, en cierta medida, una ruptura con el modelo social y político actual. Deberá irse hacia formas de participación muy de base, a formas de descentralización, de “desjerarquización”, en donde las relaciones verticales dejen de existir para dar paso a relaciones plenamente horizontales.

Tal proyecto debe incluir formas de convivencia mucho más “autosuficientes” que las actuales, en el terreno cultural, de servicios sociales, incluso en algunos ámbitos de la producción.

6. Nueva oferta educativa y nuevos valores

Este capítulo constituye el punto neurálgico para todo proyecto alternativo. Nada de lo que estamos proponiendo será posible si no se da una oferta educativa capaz de fomentar las nuevas necesidades socioculturales, capaz de conectar con las necesidades del futuro mercado de trabajo, capaz de transmitir valores que no estén basados precisamente en la competitividad y en el “mundo de intereses”.

La oferta educativa que, desde luego, debería ir MUCHO más allá de la educación “reglada”, superando los límites de la escuela: educación compensatoria, en muchos casos de forma prioritaria en una primera etapa, en alternancia (trabajo práctico - formación), educación de adultos, reciclaje constante ocupacional, sobre todo para los colectivos más marginados y en todos los ámbitos de la actividad humana. Oferta educativa que debe ir impregnada de valores de solidaridad (por tanto, incompatibles con los modelos de enseñanza elitista privada).

Una oferta educativa que deberá orientarse fundamentalmente para que los niños y jóvenes sean más “autónomos”, con una combinación adecuada

La política debería ser esa herramienta para imaginar y crear cualquier cosa que, siendo posible, haga de este mundo un lugar mejor, pero si esa herramienta no se afina y se adapta a las nuevas realidades, puede favorecer decisiones judiciales fundamentadas en normas antiguas, no adaptadas adecuadamente a nuevas realidades (con sesgo ideológico generalmente, pero también con otras derivadas como puede ser la comodidad o el inmovilismo). Como reflejaba magistralmente la serie de la BBC *Sí, ministro*, un primer ministro idealista, con ganas de cambiarlo todo, pero con poco conocimiento de cómo funcionan las estructuras de una administración pública (así como llegaríamos cualquiera a la política) chocaba con un resabiado funcionario que sistemáticamente boicoteaba cualquier iniciativa del ministro que no le interesaba, apoyándose en su red de altos funcionarios y contactos y en la idea de que el político siempre estaba de paso y él estaría siempre ahí.

Hace tiempo se habló de la casta, y aunque no todo era casta, haberla la había. A mí, hace años que me ha gustado más hablar de la costra, que es esa otra forma de ejercer la política sin que nadie te vote, que va viendo pasar políticos, mientras ellos van haciendo lo mejor para el bien común. ¿Estaremos delante de otra especie de regulación milagrosa de los mercados? La citada serie se emitió en los años ochenta, cuando la democracia en el Reino Unido ya contaba con una larga trayectoria y aquí estaba todavía por instaurar. Es muy instructivo ver algunas películas de Kean Loach para ver como Margaret Thatcher gestionó esta cuestión y a qué papel relegó a los ayuntamientos como máximos exponentes de los servicios públicos de proximidad.

Siento que esta posibilidad de crear algo nuevo desde una profunda raíz democrática es boicoteado por figuras a las que no vota nadie pero que tienen una alta capacidad de hacer políticas, y de aquí la necesidad de una toma de conciencia colectiva para el refuerzo democrático, a través de más compromiso y participación ciudadana y de movilización colectiva si fuera necesario.

Son muchas las cosas que una mayor democracia, responsabilidad y conciencia de especie que compartimos una casa en común que está haciendo aguas debe abordar, pero entre ellas y de forma muy importante debe estar también la de reformar una economía al servicio de la especulación y la acumulación, para crear una economía al servicio de las personas y el respeto a los ecosistemas naturales, y esto debe ser el espacio para una economía social y una economía más social.

Actualmente las normativas de contratación, o las de subvenciones, ante la voluntad política de administraciones locales, autonómicas y estatales en defensa de la economía social y solidaria (un modelo económico reconocido por la UE como una importante herramienta para avanzar en las reformas socioeconómicas que se deberían desarrollar en los próximos años) están siendo cuestionadas abiertamente por estructuras técnicas con funciones de apoyo o control a los diferentes gobiernos.

No deja de ser paradójico que, entre administraciones públicas que emanan de la voluntad popular a nivel estatal, autonómico/nacional o local, no exista confianza y, al final, en muchas administraciones públicas especialmente locales, las decisiones sobre las políticas que deben afectar a sus ciudadanos y ciudadanas las acaben tomando indirectamente figuras como las intervenciones municipales, al más puro ejemplo de la anteriormente citada *Sí, ministro*.

Podremos crear una fuerza comunitaria, podremos crear las empresas, pero, si por un principio de igualdad de oportunidades, no se incentivan empresas de ESS o cambios sustanciales en las empresas mercantiles que avancen hacia modelos más democráticos o distributivos, será muy complicado que este necesario cambio para las estructuras económicas pueda avanzar hacia lo

cado social ya existente. Por eso, de las muchas empresas que he co-creado o que he ayudado a co-crear, la mayoría con más o menos dificultades se sostienen, ya que su lógica no entronca con el beneficio sino con la del salario y el servicio a una comunidad, y aunque no tenga beneficio, si compenso mis horas de trabajo con un salario y un trabajo digno y siento mi trabajo (sea el que sea) como una contribución a la sociedad en la que vivo, ya es suficiente.

Aquí ya hemos creado una primera conexión entre el mercado social / necesidades de la comunidad, con la idea de una comunidad que también se organiza en forma de empresa para proveer de bienes y servicios a la comunidad, y lo hace intercooperando con otras empresas, ya sean de su territorio o no. Por ello, no hace falta crecer a toda costa para competir, sino que cooperando (compartiendo recursos y estructuras, creando otras empresas según van apareciendo necesidades que les son propias como una gestoría), comparten costes, crean trabajo, servicio y productos, sin trabajar en absoluto para crear beneficio con el que lucrar a una serie de inversores que solo por tener dinero (en muchos casos desde tiempos de Isabel la Católica) quieren ganar más dinero, sin que medie en absoluto la fuerza de trabajo o esa idea de contribución al mundo a través del trabajo, algo que en cierta manera podrá solucionarse con una mejor fiscalidad.

Por último, hay que destacar que estas empresas pueden ser útiles al bien común; del mismo modo que el hábito no hace al monje, el modelo de empresa no hace por sí sola esa aportación al bien común: lo que hace diferente a una empresa son sus valores de democracia, respeto, redistribución, participación, retorno social, ánimo lucrativo... Son valores que suelen conectar de forma natural con una cooperativa, pero que deberían ir conectando con cualquier otra forma jurídica, por lo que urge también una alianza entre sindicalismo de clase y cooperativismo (obviamente también entre movimiento vecinal, asociacionismo o movimientos religiosos transformadores), porque esto aportaría la fuerza del consumo, la capacidad de organización colectiva en las empresas para hacerlas más democráticas y socialmente comprometidas, la capacidad de crear empresas con un nuevo "ADN" fundamentado en los valores antes descritos y multiplicar la capacidad de incidencia política y de conflicto colectivo para generar cambios legislativos que puedan beneficiar a estas empresas como las otras lo fueron hace unos años, en otra transición que sirvió para aquel momento histórico, pero no tiene por qué servir para este.

Políticas diferentes que imaginan un mundo diferente

Y en esa idea de lo comunitario, lo cooperativo y lo público, llegamos a lo último, que no por ello es menor y diría que no menos exento de responsabilidad y compromiso. Nadie que defienda que en este momento lo que hace falta es más democracia, quiere destruir todo aquello que nos ha hecho, nos hace y nos hará una sociedad mejor, pero sí que considero que una reflexión sobre la democracia, sobre más y mejor democracia, es cada vez más necesaria.

En este momento que nos toca vivir no han sido pocas las voces que han intentado y siguen intentado hacernos creer que vivimos en una república bananera y es algo con lo que yo no comulgo. Las reglas del juego de las que nos dotamos para superar un periodo de 40 años negros y recientes de nuestra historia común, estoy convencido de que fueron las mejores que pudieron ser en aquel momento histórico, pero siento (y remarco el sentir, porque ni sé si es así a ciencia cierta) que ya no sirven para el momento que actualmente nos toca vivir.

da de conocimientos manuales, técnicos, informáticos, culturales, de creatividad y, sobre todo, de relaciones interpersonales para la cooperación y para la solidaridad.

Una oferta educativa con una clara voluntad para cambiar radicalmente los hábitos de consumo: menos consumo material y más consumo cultural, cosa que supondrá, por otra parte, un ahorro social para financiar otras necesidades culturales.

Una oferta educativa que se libere del imperio del MERCADO TOTAL, y deje de estar sometida tanto a la compra y venta de conocimientos y de títulos, como a los intereses económicos de turno.

Desafío difícil que necesita de unas voluntades políticas y culturales renovadas. Desafío para los enseñantes, para las comunidades educativas y, desde luego, para los sindicatos. Sin olvidar, claro está, una pregunta previa a la que deberá darse cumplida respuesta: ¿Quién se ocupa hoy, a corto plazo, del "tercer tercio", por el que, según están las cosas, nadie se atreve a apostar? Sobre todo en el caso de los colectivos jóvenes más desfavorecidos.

TEXT DE: **EL MODELO SOCIOECONÓMICO QUE NOS ESPERA Y POSIBLES ALTERNATIVAS**

Data de referència: 26/12/1988.
Codi arxivístic: ACBL50-T2-1580

[...]

No venimos, pues, de cero. Y esto conviene no olvidarlo. Es decir, junto a nosotros, en medio del más absoluto egoísmo y mezquindad, característico de la Pax Americana que se nos quiere imponer, contemplamos a miles de mujeres y de hombres para los que la lucha por la utopía emancipatoria no es una quimera ni un mito.

Tal como dije en otro lugar, pienso ahora en las formas alternativas de lucha contra el paro, sobre todo entre los jóvenes: autoocupación y autoproducción. Pienso en algunas luchas campesinas de los jornaleros andaluces (Marinaleda, Campo de Jerez...). Pienso en las muchas experiencias de tipo cooperativo o de trabajo asociado que se están llevando a cabo en todas las Comunidades Autónomas de España, granjas agrícolas, reciclaje, asociaciones de jóvenes contra el paro, etc. Pien-

so en tantos hombres y mujeres, jóvenes y adultos que se sumergen en el mundo de la marginación y de la droga para recuperar, para dar aliento. Pienso en muchas luchas obreras en contra de las reconversiones salvajes por defender y compartir los puestos de trabajo. Pienso en tantos trabajadores y trabajadoras sociales y "voluntarios" silenciosos que viven al lado de los que nada tienen, y no bajo formas simplemente asistencialistas, sino con una voluntad real de cambio.

Y continúo pensando. Pienso en los que luchan desinteresadamente por la defensa del equilibrio ecológico. Pienso en los objetores de conciencia, en los insumisos, en los objetores fiscales. Pienso en los pueblos que luchan por su identidad y supervivencia (palestinos, saharauis, sudafricanos...). Pienso en todos los que se toman en serio la cooperación internacional, y se sumergen en las zonas más pobres del Tercer y Cuarto Mundo. Pienso en todos aquellos que no queremos vivir sometidos al imperio de la Pax Americana.

Pienso, en fin, que somos muchos los que continuamos creyendo que la Utopía y el socialismo emancipatorio son el único camino posible para la liberación de todos los pueblos de la Tierra, especialmente, del Tercer y Cuarto Mundo.

TEXT DE: **NORTE-SUR: EXIGENCIAS SOLIDARIAS PARA UN SOCIALISMO EMANCIPATORIO**

Data de referència: 14/4/1992.
Codi arxivístic: ACBL50-164-T2-1580

Lógicamente estas consideraciones nos invitan a utilizar el concepto de "plena actividad" más que el de "pleno empleo" en su sentido clásico. Por tanto, el derecho al trabajo se refiere no sólo al trabajo económicamente rentable sino a otras formas de ocupación o de actividad. Ahora bien, si se es consecuente con esta definición de pleno empleo / plena actividad debemos concluir que el trabajo no sólo "no es un bien escaso" sino que hay más que trabajo suficiente para todos los ciudadanos. Veamos.

Si en estos momentos se quisiera atender eficazmente a las carencias reales en el terreno de la cultura, de la sanidad preventiva, de la calidad de la

enseñanza, de la cooperación con zonas de la tierra menos desarrolladas, de atención a antiguos y nuevos colectivos no suficientemente atendidos (minusválidos, población anciana...), servicios sociales en régimen de comunidades autosuficientes y autogestionadas... serían necesarios tantos puestos de trabajo como los que se han perdido por las reconversiones o por la introducción incontrolada de las nuevas tecnologías. Y muchos más puestos de trabajo serían necesarios si se presta la debida atención a las nuevas necesidades sociales. [...]

La garantía de un ingreso suficiente para aquellos que margina la sociedad no debe ser ni el objetivo final ni el punto de partida político. El punto de partida debe ser “la disminución del volumen del trabajo económicamente necesario”; el objetivo debe ser eliminar tanto la pobreza y el paro involuntario como la falta de tiempo, la carrera por el rendimiento, la obligación de trabajar a tiempo completo mientras dure la vida activa. No se trata, pues, de garantizar un subsidio (salvo a título transitorio) a aquellos que se encuentran excluidos del proceso de producción, sino de suprimir las condiciones que han provocado su exclusión. [...]

La actual oferta educativa está inmersa en la clásica cultura del trabajo, de la competitividad, del rendimiento, del tener para consumir, cuanto más mejor. Mientras prevalezca todo esto lo que hemos dicho no será más que pura quimera y vana ilusión. Es menester una reforma pedagógica en todos los niveles (no reforma de planes de estudio que es lo que está de moda). Debe ponerse el acento en la capacidad de decidir por uno mismo, en aprender a aprender, en poseer unos conocimientos muy polivalentes... Las aptitudes y capacidades irremplazables por la máquina son las que deberían priorizarse: el saberse maravillar ante lo bello, la defensa de la naturaleza, las artes manuales y artísticas, el poder actuar de forma más autónoma en todos los órdenes de la vida. No hay duda que algunos de los movimientos de lucha solidaria por la justicia y la igualdad o de defensa de la calidad de vida y por un mundo más ecológico son sensibles a muchas de las cosas que estamos comentando. Pero el debate es patrimonio de todos.

TEXTOS DE:
**MÁS ALLÁ DE LA RENTA MÍNIMA:
EL SALARIO CIUDADANO**

Data de referència: 06/03/1990.
Codi arxivístic: ACBL50-164-T2-1644.

El IBEX de las empresas cooperativas

Otro grupo de propuestas podríamos situarlo en el terreno de lo cooperativo. Necesitamos empresas cooperativas (que no tienen por qué ser sólo sociedades cooperativas) y no lucrativas, que existan y se organicen para cubrir las necesidades de productos y servicios de las comunidades. Necesitamos especialmente que se refuerce la creación de estas pequeñas empresas conectadas con el territorio, la comunidad y que pongan a la persona en el centro del trabajo, del producto o del servicio a ofrecer.

Y aquí hay que ir rompiendo también otra lógica perversa que es la de la subvención. Creo que no aporto demasiado si expongo que muchas de las principales empresas del IBEX 35 lo son porque en su día fueron empresas públicas, por las millonarias subvenciones que reciben, por los mucho más millonarios contratos públicos que reciben y por los no mucho menos cuantiosos préstamos o compras de deudas de estas por parte del Estado y obviamente, en estos momentos, por las cuantiosas ayudas Next Generation, que casi son como aquello de los billetes de 500 euros, que sabíamos que existían, pero nunca habíamos visto uno.

Lo que hizo y hace grandes estas grandes empresas fue y está siendo mucho capital público con un retorno social más que cuestionable. Tal empresa del IBEX 35 genera 10.000 puestos de trabajo directos y 30.000 indirectos, nos dicen, y claro, con estos datos, cualquiera se atreve a cuestionar. Pero solo hay que querer mirar un poco más allá y ver la pérdida de empleo que generó la crisis del 2008 y la ralentización económica que provocó “el mercado”, y contrastarlo lo que pasó con el COVID 19, donde la “eficacia” y “eficiencia” del mercado (sutil eufemismo para definir millones de puestos de trabajo perdidos, miles de familias arruinadas, miles de pequeñas empresas cerradas...) se vio eficazmente contrarrestada por políticas públicas fundamentadas en la distribución de renta (no concentrándose en los bancos como en el 2008) y de deuda asumida por el Estado, lo que provocó comportamientos totalmente diferentes en empleo, cierre de empresas, vivienda y recuperación económica que en el 2008.

El COVID debería servir de memoria colectiva. Pero, pudiendo haber enseñado algunas cosas más, se nos han olvidado casi todas. Es importante recordar que cuando las políticas quieren apoyar algo en concreto, lo pueden apoyar y, cuando no quieren, pues sencillamente pagan los platos rotos los de siempre. Las patronales de todos los territorios de España lo habrían hecho de otra manera y lo manifestaron por activa y por pasiva en muchas ocasiones. No entienden la lógica del momento histórico que nos toca vivir y siempre se resisten profundamente a la idea de transición hacia el bien común que no deje a nadie atrás.

Mis últimos 20 años en el terreno de la ESS y la acción social los podría resumir en una especie de cuento de la lechera que, a diferencia de la fábula escrita por Esopo en el siglo VI aC, siempre he considerado que merece un final feliz, y un final feliz que, para serlo, inevitablemente debe ser colectivo. El problema es que el colectivo mayoritariamente sigue hipnotizado por los cantos de sirena del marketing, que todo lo crea y todo lo camufla (véanse las campañas de Bankia de “Comencemos por los principios” o de Endesa o Iberdrola, cuando hace años anunciaban que era imposible generar energía suficiente con fuentes renovables, para ganar tiempo y adueñarse de esta nueva oportunidad del “mercado”).

Mi experiencia es que es relativamente fácil crear una empresa, de forma totalmente alejada de cualquier forma “típica” de crear una empresa, si esta se fundamenta en dar respuesta a un mer-

buenas mesas, las más versátiles en hostelería y las más estables, eran de 3 patas. A priori parecía algo sin sentido, ya que 4 patas parecen dar más estabilidad, pero como en una de mis aventuras en el ESS tuvimos un chiringuito de playa, puede comprobar que cuando querías juntar mesas para un grupo, o trabajabas con terreno inestable o poco plano como tarimas de madera sobre la arena, 3 patas hacen que la gente pueda sentarse sin tener patas entre medio de las piernas y tres patas hacen que una mesa no baile, aunque cada una esté apoyada en un nivel diferente.

Creo que es un ejemplo interesante para que cada una de las partes, comenzando desde un nivel diferente, pueda converger en un proyecto de transformación socioeconómica común:

- Las administraciones públicas (lo público)
- Las empresas no lucrativas (lo cooperativo)
- Las gentes que habitamos nuestros barrios, pueblos y ciudades (lo comunitario)

Una economía “nuestra”

Si queremos invertir la lógica perversa de la economía y comenzar a avanzar hacia una *economía nuestra*, no podemos seguir dejando en manos de mercadólogos un conjunto de técnicas y estudios que definen aquello que se acaba produciendo, ya que este conocimiento está orientado al capitalismo, no va a estudiar necesidades reales, sino que las va a crear en aquellos lugares donde pueda haber una fuerza de consumo que la pueda adquirir. Igual que hay que desaprender, nos tenemos que “desmarquetizar”, ya que llevamos muchos años en que se nos dice qué es lo que tenemos que consumir.

Debemos catalogar las necesidades básicas que sujetan la vida, una buena vida (vivienda, educación, cuidados, alimentación, sanidad, trabajo digno, cultura...) y profundizar en la idea de cubrir de forma próxima y comunitaria estas necesidades.

La comunidad y sus necesidades dan sentido a la idea de construir desde lo comunitario una nueva forma de cubrir necesidades teniendo en cuenta los recursos con los que contamos, especialmente con aquellos que son regenerativos y que, por lo tanto, lucharían activamente contra la degradación ecosistémica o la emergencia climática. Esta es la idea básica de una *economía nuestra*, la de un modelo para gestionar necesidades y recursos fundamentado en cubrir necesidades de la comunidad, donde las personas y el planeta sean el centro de todo y el capital un recurso al servicio de un mercado social, que se regula basándose en necesidades concretas no impostadas.

Existimos en tanto en cuanto consumimos y somos consumidos.³⁷ No me gusta recurrir a esta frase, pero cuando tu apuesta de consumo puede ser tan valiosa como tu voto, es un buen momento para mirar a lado y lado, ver qué necesidades tenemos y cuáles podemos compartir sin intermediación de un “mercado” que no se rige por criterios sociales de eficacia y eficiencia, sino por criterios de oferta y demanda. Una apuesta de consumo que incide de forma muy clara (conciliación, trabajo, destrucción de servicios esenciales...) en que las condiciones de partida nos lleven al abrazo del oso que suelen ofrecer las empresas mercantiles, que solo entienden lógicas de crecimiento y beneficio económico.

³⁷ BALLESTEROS, Carlos. *Tu compra es tu voto: consumo responsable, ecología y solidaridad*. HOAC, 2018.

B. NUEVOS MODELOS DE ECONOMÍA SOCIAL I SOLIDARIA

Óscar Rando Rodríguez

De aquellos polvos

Seguramente al final de la década de los ochenta, cuando Joan N. García-Nieto comenzó a reflexionar sobre posibles alternativas a la práctica económica del momento histórico que le tocó vivir, no estaría pensando en la economía social y solidaria (ESS) que en los últimos años hemos visto emerger. Su marco ideológico sobre estas posibles alternativas probablemente se fundamentaba en un mejor comportamiento de la economía capitalista y la gestión de lo público entorno a diferentes perspectivas que este situaba, desde la preocupación y la propuesta pero también desde la respuesta a una sociedad, a un “barco” al que, en homenaje al recientemente fallecido Francisco Ibáñez, siempre he apodado nuestra “Rue 13 del Percebe común”.

Creo que le habría fascinado, por ejemplo, que desde un barrio obrero como Sant Cosme se hayan impulsado proyectos de base cooperativa como Eticom SCCL (Som Connexió), o que tengamos cooperativas de crédito o incluso bancos como Coop57 SCCL o Fiare SCCL, Festivales cooperativos como EH SCCL (Festival Esperanzah) o cooperativas como ECOOO que movilizan miles de euros para generar parques fotovoltaicos que producen energía del sol socialmente responsable. Proyectos que nacen para poner la energía, la cultura, las finanzas o las telecomunicaciones no solo al servicio de la gente, sino para estar en las manos y en la decisión de la gente. La mayoría de estos proyectos aparecen en los últimos 10 años y comparten una idea común en torno al tránsito de una economía capitalista, a una economía más social, pero también más solidaria, que es un matiz integrador de vital importancia para conectar las preocupaciones y propuestas de García-Nieto con el momento actual.

La incorporación del matiz solidario a la idea de la economía social, junto a la idea de barco compartido al que llamaremos “13 rue del Percebe”, nos permite generar unos buenos cimientos para repensar y contextualizar el momento histórico que nos toca vivir. Las preocupaciones, consecuencias y “no recetas” en torno al hecho económico que García-Nieto nos dejó hace más de 40 años,

son un elemento no menor, ya que hace 40 años ya nos advertía de que esta “Rue 13 del Percebe común” hacía aguas como el Titanic. De forma más lenta y sutil, pero se veían las primeras grietas ya.

Veníamos de uno de los períodos en que las desigualdades entre ricos y pobres se habían equilibrado como en ningún otro período de la humanidad (fruto de 2 guerras mundiales que lo destruyeron todo y provocaron la pérdida de entre 70 y 100 millones de vidas humanas), pero en el que nuevos liderazgos (Ronald Reagan y Margareth Thatcher) comenzaban a cuestionar la mirada más social del capitalismo. La idea principal de esta mirada era que no había por qué hacer más con aquellos que quedan al margen de las lógicas del mercado. O te adaptabas o quedabas al margen.

Eran, también, años en los que las conexiones entre sindicalismo, cooperativismo y movimiento vecinal estaban muy presentes en los ambientes más populares de la sociedad. Estaban juntos, no solo para dar respuestas compartidas a carencias comunes de una parte importante de la clase trabajadora, olvidada por el Estado y el mercado, sino también desde una lógica sociocultural emancipadora y con capacidad de incidencia. Se trataba de pertenecer a un grupo con una identidad colectiva, algo que no podemos entender sin el papel de las CCOO, los movimientos cristianos de base o los movimientos vecinales.

Hoy, como hace cuarenta años, aparecen nuevos elementos integradores, y uno de ellos apela significativamente a las conciencias, en el momento histórico que nos toca vivir: es la conciencia de especie que compartimos, una 13 rue del Percebe al que llamamos planeta tierra. Sabemos que cualquier reto común para equilibrar las cosas debería partir de esta lógica de interconexión comprometida y solidaria entre personas y planeta (los dos únicos capitales reales que existen en el mundo) y la ciencia (o ciencias) que queramos aplicar a esta relación para que todo fluya dentro de unos parámetros lo más ajustados al funcionamiento natural de las cosas.

Aunque Joan no se ocupase de la nueva economía social (sí de las nuevas formas de trabajo y de su reparto), sí que hemos de constatar que aquellas preocupaciones a las que fue capaz de anticiparse hace 40 años, no sólo no están resueltas, sino que los parches aplicados han agravado las condiciones de vida de muchas personas y destruido buena parte de la vida del planeta (la vida parece estar peor en esta rue 13 del Percebe común). La mirada y las propuestas compartidas hoy tienen que ver con una economía que integre de forma irrenunciable el saludable y equilibrado funcionamiento del planeta con el buen vivir de las personas. Para ello, antes y ahora la economía no puede estar en mano de los intereses económicos de una minoría, sino de las necesidades humanas, en comunión con un planeta que se puede regenerar.

Vivir es una permanente transición

De una forma seguramente muy diferente, volvemos a estar en un momento de profundas transiciones de carácter global. Aquel invento de posguerra que se cimentó bajo un mundo en ruinas y

deseoso de paz que pretendía evitar más guerras mundiales, cumplió más o menos bien su cometido durante 40-50 años, pero luego siguió ese patrón de intentar resolver problemas nuevos con herramientas viejas.

Nos vemos obligados a recordar que lo que nos trae problemas como sociedad, lo que hace incierta la vida tal y como la hemos conocido hasta ahora, es el sistema de relación con el mundo con el que vivimos y se llama capitalismo, un modelo para gestionar necesidades y recursos fundamentado en la acumulación de capital económico, en que las personas y el planeta somos sencillamente recursos al servicio de un señor que se llama “mercado”, que regula de forma “eficiente” el sistema. Los principales problemas de nuestra sociedad están provocados por una determinada práctica económica, en la práctica no tan eficiente, ya que no parece que la gestión de los recursos naturales sea tan eficiente, como tampoco lo son las formas de cubrir las necesidades básicas de una importante parte de la población mundial. Como en los años en los que escribía Joan la transformación social, la transición hacia otra economía nos debe llevar a escenarios de futuro y esperanza donde nadie quede atrás.

Hablar de Economía Social y Solidaria (ESS) es hablar de una herramienta participada, democrática, solidaria, comprometida, equitativa, entendible, accesible y práctica. Es hablar desde las miradas de las economías alternativas, comunitarias, feministas, ecologistas, del cuidado y del buen vivir, que aportan nuevas esperanzas fundamentadas en lo común y no solo en la obligación de dar respuestas a los colectivos más vulnerados y vulnerables. Se debe trabajar para que una nueva forma de entender la economía esté presente en todo aquello que es necesario para la vida y pueda dar respuesta a todas las necesidades que conlleva vivir, con la idea de una producción alejada del hacer por hacer, para pasar a un hacer solo lo que necesitamos para vivir bien.

La economía social y solidaria demuestra que podemos consumir lo que necesitamos de forma diferente y que podemos incidir en lo que preocupaba a Joan (desempleo juvenil, exclusión social, falta de oportunidades, uso inapropiado de la tecnología, etc.) a partir de empresas gestionadas que no encuentren en el beneficio su exclusiva razón de ser, sino que pretendan el fomento de la dignidad humana y el máximo despliegue de sus capacidades colectivas al servicio de todo el mundo, teniendo un especial cuidado de todo lo que soporta la vida.

Mesas de tres patas

Dejar esta necesaria nueva transición en manos de empresas multinacionales con más marketing que intencionalidad real de transformación, o de gobiernos e instituciones globales (muchas veces secuestradas por intereses ocultos) que siguen aplicando recetas antiguas para nuevos problemas, no parece ser lo más conveniente para la mayoría de los habitantes del planeta. Obviamente tampoco lo arreglará todo la ESS. Necesitamos más educación para la democracia, más movimiento de masas orientado al bien común y más conciencia de interdependencia. Necesitamos un mundo con mayor democracia, mayor libertad siempre vinculada a una idea de responsabilidad colectiva que construya una esperanza desde la militancia por todo aquello que soporta la vida. Pero, también propuestas. Veamos algunas.

La primera sería el refuerzo de un imaginario colectivo vinculado a una idea de colaboración público, cooperativo y comunitario. Una vez un buen amigo me dijo que su madre le explicaba que las